

UNA MIRADA DESDE ESPAÑA AL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO. ENTREVISTA CON HIPÓLITO DE LA TORRE

Juan Carlos Jiménez Redondo



Hipólito de la Torre Gómez se inserta en esa segunda generación de historiadores españoles de las relaciones internacionales y en esa infrecuente nómina de especialistas en historias nacionales foráneas, especialmente de la portuguesa. Entronca así con otros recordados maestros de la disciplina como José María Jover Zamora, en el primer caso, o el injustamente olvidado Jesús Pabón, por lo que respecta a la segunda.

Hace ya muchos años, cayó en mis manos, casi por casualidad, debo decir, un libro publicado por Espasa-Calpe: *Antagonismo y fractura peninsular*. Era algo más que una investigación histórica de ortodoxa factura, porque enhebraba el relato con un marco conceptual implícito que, por aquel entonces, resultaba novedoso.

En esa primera obra, seguida más tarde por otras como *Del «peligro español» a la amistad peninsular: España-Portugal, 1919-1930* o *La relación peninsular en la antecámara de la guerra civil de España (1931-1936)*, aparecían conceptos y propuestas metodológicas a los que la literatura científica, tanto española como portuguesa, había concedido muy escaso protagonismo, pero que en la obra del profesor de la Torre se convertían en verdaderos ejes explicativos de las relaciones entre los Estados peninsulares. Por ejemplo, el concepto de iberismo, o el estudio de las imágenes recíprocas que condicionan la vida y la relación de esos vecinos, o, por no extendernos más, la idea de peninsularidad.

La aproximación del profesor de la Torre al mundo peninsular se ha basado desde entonces en dos ideas esenciales: definir las relaciones peninsulares como la historia de una diferencia —título de su última obra—, y desentrañar los condicionantes externos de esa diferencia ibérica. A ello ha dedicado obras como *Portugal e Espanha nos sistemas internacionais contemporáneos* o *Fronteras: Estudios de historia de Portugal y de relaciones peninsulares*.

Esta entrevista es, pues, una forma de aproximarnos a los entresijos personales y profesionales de un historiador en el sentido estricto del término. Porque, como él mismo afirma, siempre ha querido ser exactamente eso: un profesor universitario y un historiador profesional que ha abierto un tema de investigación

al que la historiografía española apenas dedica atención. Tras él ha surgido una incipiente, y ya relativamente numerosa, nueva generación de lusitanistas que tienen al profesor de la Torre como referencia obligada, y que ha contribuido a conseguir que lo que durante muchos años era un tema marginal dentro de la historiografía española, goce hoy de una enorme vitalidad. Portugal ha dejado de ser, definitivamente, ese gran olvidado de la historiografía española y, en ese salto, el profesor Hipólito de la Torre ha desempeñado un papel esencial.

El oficio de historiador es complejo, ¿cómo explicarías tu dedicación profesional a la Historia y tu labor como profesor universitario en relación con tu propia experiencia vital?

Hace ya casi un siglo que lo explicó Ortega. El hombre es un ser histórico, con conciencia de serlo, es decir, de evolucionar. Y la vida, por tanto, solo se explica en la historia, es solo historia. El historiador siente con especial intensidad la necesidad de comprender la vida, es decir, la temporalidad de cuanto acontece. Es un profesional de la indagación en el pasado. Ningún humano puede dejar de sentir, y sentirse, en clave histórica. Pero también es cierto que esa sensibilidad no es igual en todos los individuos. Del historiador podrá decirse que se hace, en cuanto a las herramientas intelectuales que emplea. Pero primero tiene que nacer, y esa inclinación, que llamamos vocación, no está igualmente distribuida. Yo creo haberla tenido siempre, y siempre quise desarrollarla en la universidad.

Has sido lo que tradicionalmente se ha llamado un «chico de provincias» que llega a Madrid en un momento políticamente complejo, ¿cómo fueron esos primeros momentos y cómo determinan esa pasión permanente por la idea y la práctica de la libertad política, personal e historiográfica?

Nací en Santander, y fui, como bien dices, un

«chico de provincia», colocado con diez años en el colegio de los jesuitas de Valladolid, donde cursé la primera mitad del bachiller, y luego en Madrid, destino final, donde concluí el bachiller, realicé los estudios universitarios, comencé a trabajar y fundé una familia, que hoy ya cuenta con cinco nietos. Mis dos abuelos, de origen muy humilde, fueron emigrantes con éxito, y uno de ellos con la Legión de Honor. Solo mis padres se afincaron en Laredo, donde mi padre fue un médico muy reconocido. Pero mis padres nunca se conformaron. Mi madre y sus hermanos se habían criado en París, en un medio social bastante elevado, y mi familia paterna había vivido en Valladolid y Madrid, donde mi padre había concluido sus estudios de medicina, interrumpidos por la guerra. Creo que fue esa resistencia de mis padres al arraigo local la que nos «expulsó», a mis hermanos y a mí, hacia la capital. Dejo aquí esta noticia familiar por lo el interés biográfico que pudiera tener. Yo no me atrevería a interpretarla.

No tengo conciencia de que mis primeros tiempos en la capital hubieran generado en mí una especial sensibilidad por la libertad. Mi familia era conservadora, caía dentro del franquismo sociológico, sin el menor vínculo, ni mucho menos compromiso político con el régimen. Lo que sí me influyó, y mucho, fue el espíritu crítico de la dictadura y del dictador que desde mi niñez pude oír de labios de mi padre. Me parecía que estaba cargado de razón. Era la rebeldía del sentido común. Luego, sí, la maduración, la entrada en la universidad, en un apasionante tiempo de lucha por la libertad, reforzaron esa tendencia: libertad y antifranquismo eran una y la misma cosa. Siempre me reconocí en aquellos versos del poeta portugués Antonio Régio, que un día, ya muy lejano, en Aveiro, cayeron en mis manos: «No sé por dónde voy / No sé hacia dónde voy / Sé que no voy por ahí».

Vives, además, en un contexto universitario muy

determinado, el de la universidad tardofranquista, donde el predominio de la historiografía marxista era evidente tanto por su aportación metodológica como por su propia simbología de lucha contra la dictadura, ¿cuál era tu posición al respecto?

Sí, la historiografía de corte marxista, o influida por el marxismo, era dominante en mis años de estudiante universitario de la Universidad Complutense. Su aportación fue muy importante en varios sentidos: creó hábitos de reflexión en general, y sobre la historia en particular, poniéndola en estrecha relación con las otras ciencias sociales; centró el foco del estudio del pasado en la media y larga duración, lo que llevó a revalorizar espacios hasta entonces olvidados, como el social, el económico, el de las mentalidades; generó, en fin, una atención por la historia de las estructuras que despreciaba la superficialidad de lo político y de la coyuntura. La rebeldía antifranquista de la universidad nos hizo especialmente sensibles a esos vientos que en España eran renovadores. La historiografía francesa de la generación braudeliana de *Annales*, la figura de su principal introductor en España, Vicens Vives, o del hispanista francés, Pierre Vilar, por citar algunos de los nombres más presentes en mi tiempo universitario, estaban en la cresta de una ola historiográfica más o menos influida por el materialismo histórico. Todo ello me interesaba desde un punto de vista intelectual, pero llegaba a cargarme por el exclusivismo monocorde del modelo y la soberbia intelectual de alguno de sus corifeos.

Está claro que, a pesar de reconocer su importancia no encajabas en ese marco conceptual y metodológico de la historiografía de cariz marxista que estaba dominando la generación universitaria de los agitados años sesenta. Pero ¿cómo desarrollas una personalidad historiográfica propia?

Me interesaba mucho más el hombre que las estructuras. Me interesaba el hombre forjador

de las estructuras, aunque lógicamente condicionado, no determinado, ni oscurecido por aquellas. Y percibía con mayor nitidez la acción humana y la dinámica temporal en la historia política, que los padres de la escuela de *Annales* habían calificado, de forma despectiva, de «historia de acontecimientos» (*événementielle*). En mis tiempos universitarios seguía constituyendo un estigma. Es cierto que, practicada *stricto sensu*, se parecía más a una crónica. Pero también podía ser el hilo conductor de una inteligente narrativa de la peripecia humana. Esa fue desde el principio mi sensación y, enseguida, mi percepción y mi convicción.

Eso explica que valorase la obra de muchos de mis profesores de la Complutense, como Jesús Pabón, José María Jover, Vicente Palacio Atard, Vicente Rodríguez Casado o Carlos Seco —este aún en Barcelona. La obra de Pabón se anclaba en una inteligente perspectiva conservadora; se hilvanaba en un discurso de lo político, animado y humanizado por penetrantes trazos biográficos de los actores de su narrativa; era, en su propósito, insuperable. Su *Cambó* constituía ya una referencia clásica que no podía eludirse; y, si se la desprendía de la ganga ideológica que la recorría —y que su autor provocadoramente declaraba en el prefacio— lo mismo podría decirse de su *Revolución Portuguesa*, donde conseguía llevar, con penetrante inteligencia, su discurso histórico hasta casi la frontera en que concluía el objeto de su narración. En cuanto a la figura de José María Jover, tenía esta un atractivo especial por su trasfondo intelectual; por su intento de integrar el conocimiento histórico en el entrecruzamiento de coordenadas político-internacionales, culturales y sociales; por su apertura, en fin, a las nuevas corrientes historiográficas. Este enfoque de los escritos de Jover salpicaba toda su producción: estaba presente en la parte que escribió en la reeditadísima *Introducción a la*

Historia de España —con la que nos formamos, se formaron, tantas promociones universitarias españolas; y en otros trabajos posteriores que no te menciono para no salirme de mi tiempo de estudiante en la Complutense. Y también habrá que recordar los estudios de historia internacional del XVIII, de Vicente Palacio y de Vicente Rodríguez Casado que, ya desde finales de los años cuarenta, habían sido impulsores, en sus respectivas universidades de Valladolid y de Sevilla, del despertar de la historiografía internacionalista española.

Está claro que «eras más de Pabón que de Tuñón». Pero, pongámoslo en positivo, ¿cómo concibes tú la historia?

Yo creo que en realidad solo hay una historia: la que narra y explica el quehacer del hombre en el tiempo. Ahora bien, el hombre y el tiempo pueden ser contemplados con lentes distintas. Si la alejamos, nos sale el colectivo y la «larga duración»; si la aproximamos, nos aparece el individuo y el acontecer. Ambas aproximaciones son válidas y, de hecho, complementarias. El problema son los desvíos reduccionistas, tanto más graves cuanto más obedientes a escuelas e ideologías. Dicho esto, sí, yo me sentía más a gusto, captaba mejor lo histórico, lo percibía más vivo y más próximo a la vida, desde coordenadas de un tiempo rápido, por emplear los conocidos estratos temporales de Braudel. Ahí veía con nitidez el drama del hombre en el fluir de los acontecimientos. Las fotos fijas de las estructuras me resultaban siempre más conceptuales, estáticas y un tanto deshumanizadas. La corta duración de lo político exigía, y por eso me atraía, una metodología narrativa, que elaborase una *biografía* del individuo o del colectivo; en el sedimento de las estructuras, sin duda, pero sabiendo que estas no constituyen magnitud aislable, sino creación del hombre. El individuo recibe un legado histórico, consolidado en la «larga duración», que él, a su vez, crea.

De modo que lo histórico se percibe en un movimiento de «evolución en la continuidad» ¿Te suena, verdad? Sí, la expresión es del profesor Marcelo Caetano. Y de Ortega, al que hay que releer continuamente. Desde un punto de vista metodológico, la otra historia, la de las estructuras, analiza, explica; esta, narra, interpreta y, en cierta forma, crea. Su instrumento principal es la literatura. Por eso es también una obra de arte, sin llegar, claro está, a los extremos provocadores de Wilde postulando la creación de la vida por el arte, y no al contrario.

¿Y las relaciones internacionales, a las que te has dedicado de forma ininterrumpida desde que te licenciaste con una investigación sobre el siglo XVIII?

Sí, Comencé a formarme como historiador en las relaciones internacionales, de la mano de don Vicente Rodríguez Casado, y en un tema del XVIII. Aquí, la acción del hombre está más directamente mediatizada por el Estado, principal sujeto de las mismas, y por una dinámica de poder que es consustancial a la proyección internacional de los sujetos estatales. En mi tiempo de estudiante comenzaba a postularse una historia de las relaciones internacionales superadora de la vieja historia diplomática. Jover insistía mucho en las «coordenadas internacionales de la historia interna, y sobre todo nos encandilaba la obra de Renouvin postulando la atención a las «fuerzas profundas». Solo más tarde llegaron otras aproximaciones metodológicas, como el «sistema mundo» de Wallerstein, o los «ciclos de larga duración», de Modelski, por citar algunos ejemplos. De todas formas, una cosa era predicar y otra dar trigo. Así que, mientras la teorización metodológica fue avanzando en los años siguientes, en la práctica, las investigaciones continuaron, y aún continúan, bastante fieles —y no solo en España— a la tradicional historia diplomática.

Hay un hecho crucial en tu vida personal y académica que fue tu estancia en Lisboa donde vives el fin de la dictadura y la Revolución de los Claveles, ¿creíste entonces que en España iba a pasar algo similar?

Fui muy afortunado. Debo a mi investigación de doctorado el haber vivido en Portugal un tiempo histórico, excepcional: la crisis terminal del *Estado Novo*; su fulgurante derrumbe; y la apertura de un proceso revolucionario que, cuando en junio de 1974 regresé España, planteaba una grave incógnita de futuro. Entretanto, la dictadura franquista, decapitada por el asesinato del almirante Carrero, en diciembre de 1973, iniciaba un camino de liquidación que ningún reformismo sería capaz de detener. No solo estaban viniéndose abajo las dictaduras peninsulares, sino que, como más tarde supimos, los acontecimientos de la Península iniciaban, en la historia mundial, una «tercera ola de democratización». ¿Podía pedirse más para aprendiz de historiador que estaba investigando las repercusiones ibéricas de la primera revolución portuguesa del siglo XX —la revolución republicana de 1910? Nunca sentí tan cerca el abrazo entre el pasado y el presente. Pude hacerme muchas e interesantes preguntas. Por lo demás, nunca creí que el golpe militar portugués del 25 de abril de 1974 pudiera darse en España, porque el Ejército español era franquista de los pies a la cabeza y el Ejército y el país no estaban sometidos, como en Portugal, a la insostenible presión de una guerra colonial que se arrastraba desde hacía trece años y se libraba en tres escenarios enormemente distantes entre sí y con la metrópoli. Era muy consciente —como la inmensa mayoría de los españoles— de que el cambio hacia la democracia en España solo podría darse —y no por el Ejército, sino, en todo caso, a pesar de él— a la muerte de Franco. Recuerdo que defendí esa postura en conversación con un militar, en una de las *soirées* que organizaba en su casa Oliveira Marques.

Precisamente, ese tiempo en Lisboa también te permitió conocer y trabar una estrecha relación de amistad con Oliveira Marques, una de las figuras más relevantes de la historiografía portuguesa

Sí, tuve también por entonces la inmensa fortuna de conocer a António Henrique de Oliveira Marques. Fue en la Biblioteca Nacional de Lisboa. Aún estoy viéndolo, espigadísimo, atildado en el vestir, muy cortés en las formas, hablando un español impecable. Lo reconocí por una fotografía suya en la contraportada de un librito que acababa de publicar sobre la I República, y que era entonces un trabajo pionero en el desierto de la historiografía académica sobre el régimen republicano. Había regresado no hacía mucho de una estancia de varios años en universidades de los Estados Unidos, que tuvo algo de exilio por una mezcla de motivos políticos y personales. Era masón y rabiosamente liberal. Gozaba de merecido prestigio como medievalista, y en los Estados Unidos había redactado para sus estudiantes una síntesis de Historia de Portugal que hizo fortuna, llegando hasta hoy, con múltiples ediciones y traducciones a varias lenguas. Ahora, su interés estaba centrado en el estudio de la I República. Me presenté, le expliqué la investigación de doctorado que tenía entre manos, que acogió con el mayor interés. Precisamente —me decía— él estaba en ello: había que acometer la historia del régimen republicano; eran muy importantes las relaciones con España, y estaba dispuesto a ayudarme. Fue desde entonces, y ya siempre, maestro y amigo. Orientó mi investigación, puso a mi disposición su espléndida biblioteca, impulsó la publicación de mi tesis en Portugal. Me abrió las puertas de su casa donde, con otros amigos suyos, celebramos con júbilo el 25 de Abril y discutimos el futuro de nuestros dos países. Mi relación con Oliveira Marques se mantuvo hasta el final

Evidentemente, la pregunta más obvia es ¿por qué Portugal? Y ¿por qué siempre Portugal?

Tienes razón, me lo preguntan siempre. Aterricé en Portugal por «culpa» de don Vicente Rodríguez Casado, una gran persona, abierta y generosa –magnánima, diría, para emplear un término que le gustaba– que me propuso como tesis de licenciatura un momento crucial de la rivalidad luso-española del el siglo XVIII por la estratégica frontera del Río de la Plata. Estudiando ese episodio, me encontré con el recurrente contencioso iberista. Para la tesis de doctorado, decidí trasladar el estudio al siglo XX. Don Vicente aceptó; Pilar Vázquez Cuesta, inolvidable amiga, tan tenaz en lo portugués como yo, y José María Jover, me animaron; y don Jesús Pabón me mandó unas pertinentes letras, recomendándome tratar con delicadeza los temas portugueses; la lectura de su *Revolución Portuguesa* me puso en contacto con los hombres y la vida de la I República portuguesa; y una ojeada a la documentación diplomática, me confirmó en lo apasionante y descuidado del tema. ¿Por qué ya siempre?, dices. Pues porque, una vez descubierto Portugal, tan próximo y tan distinto, era imposible no enamorarse de él.

Portugal como objeto de investigación y como lugar de reconocimiento. Has contribuido decisivamente al estudio de la Historia y de la cultura portuguesas, pero creo no equivocarme si te digo que en el país vecino has encontrado un reconocimiento realmente relevante

Obviamente, Portugal y lo portugués, como cualquier otra realidad histórica es inagotable. Pero entiendo tu pregunta. Portugal es sorprendente. La nación tiene unas raíces más antiguas que ninguna otra. La frontera peninsular, fijada a finales del siglo XIII, no se ha movido desde entonces, a pesar de la amenazante vecindad de Castilla, y más tarde de España. Para defenderla, los portugueses se hicieron fuertes en su otra frontera, que era la oceánica. Esta no era una

frontera estática, sino expansiva. El océano fue frontera permanentemente abierta que llevó a los portugueses a descubrir el mundo y a dominar el mundo. Primero, en solitario; luego, en entendimiento con Castilla. Y, cuando el poder de las monarquías ibéricas fue disputado, y en parte suplantado por el de los Estados del norte de Europa, Portugal defendió sus enormes espacios ultramarinos practicando una sabia estrategia de entendimiento con el poder hegemónico en el océano, como muy bien ha explicado António Telo. En suma, la frontera del mar, que inventaron los portugueses, les hizo muy pronto peculiares; les definió, con asombrosa precocidad, como comunidad integrada, nacional; les defendió de las tendencias centripetas del otro Estado peninsular. Cualquier punto histórico de la relación luso-española sobre el que fijemos nuestra atención nos permitirá ver la existencia de una tensión peninsular. Dedicé años a estudiarla, sobre todo en el siglo XX. Había que hacerlo. Pero lo importante es que del estudio de esa compleja relación afloraba una realización histórica nacional muy temprana, bien diferenciada, poderosa y enormemente creativa, que ha llegado hasta el presente. Me limité a constatarla y a admirarla. Y a explicar que los iberistas siempre habían perdido el tiempo. Tuve el estímulo de la propia historia, y también el de los portugueses, que derrocharon conmigo generosidad. Sin duda más de la que mis estudios merecían, pero no más de la admiración y cariño que siempre les tributé.

Tu trayectoria investigadora ha transitado por toda la época contemporánea, pero creo que a medida el tiempo pasaba, te has ido centrando cada vez más en la política externa lusa y, sobre todo, en el estudio de las dictaduras de Franco y Salazar, ¿por qué?

Sí, la de avanzar en el tiempo, aproximándose al presente, creo que es una tendencia bastante normal en el historiador.¹ Se buscan claves más

inmediatas para entender y explicarse el mundo en que se vive. Por otra parte, las dictaduras de Salazar y Franco son periodos muy dilatados, muy potentes, como se dice hoy, y por lo tanto muy importantes en la historia de los dos países. Y, en cuanto a la relación luso-española, supusieron un cambio sustancial. Fui interesándome cada vez más por el *Estado Novo* y, naturalmente, por la figura fascinante de Salazar. Pero mi aportación aquí (un pequeño librito de síntesis) es irrelevante, porque la historiografía portuguesa al respecto era ya muy rica. Quizás he aportado algo más a la otra figura importante, que es la de Marcelo Caetano —muy estudiada por cierto en los últimos años. Traté de aproximarme a ella desde su propio discurso, político y humano, cargados de patetismo. Mi interés por Marcelo Caetano viene de esos meses finales de su gobierno, que viví en directo en los comienzos de mi estancia en Lisboa. Escuchaba con atención —en sus declaraciones y en sus *Conversas em Família*— sus «razones», que con tanta lucidez vendría a desentrañar, en sus contradicciones, años más tarde un brillante intelectual portugués. Quizás pude aportar algo más sustancioso en el estudio de la diplomacia portuguesa de resistencia a la descolonización, con fuentes de archivo británicas, francesas y norteamericanas. Tú lo sabes muy bien porque participaste muy activamente en ese proyecto y en el libro resultante.

Todo historiador tiene un cierto orgullo de abrir caminos de investigación, de ser pionero en su campo de estudio, ¿crees que lo has sido y que has creado escuela? Hace años Portugal era el gran desconocido en España. Hoy existen numerosos lusitanistas reconocidos, incluso asignaturas universitarias sobre historia de Portugal, ¿qué papel crees que has jugado en esa evolución?

Todo historiador, en la medida en que es también investigador, quiere abrir caminos nuevos y, grandes o chicos, siempre los abre.

Cuando comencé en 1972 mi investigación de doctorado, el tema era virgen y la documentación diplomática dormía cubierta de polvo en los archivos. Puedo decir —sin falsa modestia— que fui el primero en tratar el contencioso peninsular en la segunda década del XX y, por tanto, uno de los primeros (el otro fue el historiador británico Vincent Smith, en relación con Gran Bretaña, aunque ya no siguió adelante) en iniciar el estudio académico de la política exterior portuguesa. Oliveira Marques tuvo la elegancia de reconocerlo en uno de sus primeros trabajos sobre la República

Nunca aspiré a crear escuela, porque soy muy individualista, y las escuelas siempre tienen algo de limitador. Lo que sí he hecho es atraer a investigadores más jóvenes hacia mi campo de estudio. Pero ni siquiera directamente, sino porque ellos vinieron a mí con propuestas de trabajo. Entonces sí, me he abierto de par en par a sus iniciativas, las he apoyado cuanto podía y, sobre todo, he respetado sus perspectivas y sus conclusiones aunque estas estuvieran, como en algún caso estaban, en las antípodas de las mías. No he tenido discípulos; he tenido compañeros de viaje por lo portugués —yo, el más viejo— que, además, han sido y son muy buenos amigos. No es cuestión de citar nombres, pero sería injusto si no mencionara los de José Sánchez Cervelló, Manuel Loff, y el tuyo también (aunque, quien te dirigió la primera tesis —porque tienes otra en Ciencia Política— fue Juan Carlos Pereira). Creo que ha sido también importante la labor de establecer vínculos de estudio y de relación académica entre estudiosos españoles y portugueses. Los *Estudios Luso-Españoles* que, con el apoyo de Valentín Carrascosa, promoví y mantuve durante años en el centro asociado de la UNED de Mérida, y los seminarios del Departamento de Historia Contemporánea de la UNED contribuyeron mucho a la creación de una red informal de colaboración entre académicos de los dos países.

Luego, surgieron otras interesantes iniciativas de este tipo en otros centros universitarios de la geografía española. Por ejemplo, en la veterana extensión universitaria de la Universidad de Oviedo, apoyada por Moisés Llordén, y dirigida por dos queridos amigos, de memoria imborrable, como fueron los profesores Joaquim Veríssimo Serrão y José Manuel Pérez Prendes.

En fin, con el paso de los años, va interesándote, más que la innovación investigadora, el empeño en transmitir a los jóvenes españoles la importancia de conocer la historia de Portugal. Tuve siempre, en los estudios de doctorado o de grado de mi universidad, una asignatura de historia contemporánea portuguesa. Y, para los estudiantes universitarios, escribí algunas síntesis: sobre el Portugal contemporáneo (con Sánchez Cervelló); sobre la política exterior portuguesa en esa misma época, o acerca del *Estado Novo* salazarista. Creo que esa labor de difusión de lo portugués y de relación con los colegas portugueses ha podido contribuir al impulso de los estudios y de las investigaciones relacionados entre Portugal y España.

Te has adentrado en el pasado de España y sobre todo de Portugal, ¿alguna intención de dar el salto a la actualidad, de hacer lo que postula esta revista de una historia del presente?

No lo creo. A lo más, quizás acometa algo así como una historia desde dentro del reformismo español en el ocaso de la dictadura franquista. Tengo un material interesante. Pero, en todo caso, tendría que ser con la ayuda de gentes como tú o de amigos comunes, más jóvenes y animosos que yo.

Ya voy acabando: aunque creo poder adivinar tu respuesta, me gustaría tu opinión acerca de ese cierto resurgir del iberismo, tanto en términos historiográficos como incluso políticos. ¿No es una cierta vuelta «ideológica» a un pasado que creíamos superado?

Ese renacer historiográfico es muy interesante, pero lo cierto es que la historia muchas veces centenaria de Portugal –Estado y comunidad– dictó irrefutable sentencia a cada paso. Aún más, el iberismo –recurrente, y recurrentemente negado por la realidad– sirvió para reforzar la matriz anti-ibérica de la nación, de modo que nunca pasó de una utopía. Estudiarlo, profundizar en su significación, ligada a los mesianismos regeneracionistas, a la historia de la cultura y de la psicología colectiva, como recientemente, y con innegable brillantez, han hecho algunos historiadores, como Sergio Campos Matos o César Rina, será siempre muy positivo. Pero no creo que pueda irse mucho más allá. Y, desde luego, como horizonte político, proyectivo, creo como tú que es un tema derrotado una y mil veces por la historia, y definitivamente cerrado. No sé si aún hay tiempo para una elocuente anécdota. Después del 25 de Abril, en 1976, Oliveira Marques impulsó una Liga Iberista, que no fueron muy lejos. Cuando tiempo más tarde, y en una campaña en la prensa de su iniciativa, le pregunté por el decaimiento de su iniciativa, mi amigo explicó que ya no tenía sentido porque había quedado claro que Portugal podía sobrevivir sin las colonias. El iberismo de Oliveira Marques era negativista. Como lo era el de Almeida Garrett, y el de casi todos los iberistas portugueses. La unión con España era un mal menor. Siempre dije que hasta el más iberista de los portugueses ignoraba que, en el fondo, no lo era.

No me resisto a acabar sin conocer tu opinión sobre el actual Gobierno portugués. No, por supuesto, una valoración política, sino sobre esa idea de fondo que has expuesto varias veces de la capacidad de Portugal para resolver sus problemas políticos de una forma básicamente consensual. ¿El apoyo del Bloque y del PCP al socialismo gobernante es una expresión más de esa tendencia histórica?

Sin duda alguna. En Portugal prima siempre, en las situaciones más delicadas para la nación, el buen sentido, el espíritu político de consenso, y hasta diría, si no se me tachase de rancio, un patriotismo integrador y muy eficaz. Es exactamente lo que está demostrando la coalición de izquierdas gobernante, y la formidable acción integradora del Presidente de la República. Sí, dediqué al tema bastantes páginas, y cada vez me confirmo más en la importancia de ese rasgo característico del comportamiento de la élites portuguesas.

Y ahora, ya sí, para concluir ¿Qué es lo último que has publicado?

Un par de colaboraciones sobre la neutralidad española en la I Guerra y, contigo, un libro donde yuxtaponemos las historias de Portugal y España desde las invasiones francesas (1807) hasta la actualidad (2019), buscando elemen-

tos de juicio comparativos sobre ambas experiencias históricas. El título, que por cierto es tuyo –*Historia de una diferencia*– es expresivo de nuestro punto de vista. Pero déjame que te diga: me gusta más lo que escribes tú porque consigues una comparación más explícita e integrada, beneficiada, sin duda, por tus conocimientos añadidos procedentes del campo politológico. No estoy renegando de la parte mía, pero he de reconocer que esta –más en el XIX que en el XX, donde creo que se dejan sentir mis propias investigaciones– no pasa de una narrativa sencilla, propia de un manual sin pretensiones, que no dice nada nuevo al historiador. Se limita a cumplir una mera función de soporte a la reflexión que quiere provocarse en el lector sobre las similitudes y diferencias de las historias peninsulares. Ni podía ni quería yo meterme en camisas de once varas.

